

ALLENDE FUE UN HEROE CONSCIENTE

Jorge Arrate. Abogado. Economista. Director de la Corporación del Cobre y Ministro de Minería del Gobierno Popular. Dirigente nacional del Partido Socialista de Chile.



Recuerdo

El epílogo de la resistencia de Allende en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, hizo inequívoca la derrota de aquellos chilenos que compartían sus ideas. Turbulento final de un período áspero y sorprendente que conjugó esperanzas y decepciones, ideales y temores, éxitos y fracasos, el 11 de septiembre dividió finalmente a Chile —como no ocurría desde 1891— entre vencedores y vencidos.

Las derrotas no son nunca completas salvo cuando los vencidos olvidan las razones por las que lucharon. No ha sido este el caso, afortunadamente. Razones para la fortaleza de una memoria que no sólo no disminuye, sino que crece, hay varias. Salvador Allende es una de ellas. Para los vencedores esta constatación diaria es frustrante evidencia de lo incompleto de una victoria que quisieran total y no es imposible que por algún tiempo todavía, obsesionados con lograrla, intenten continuar imponiendo sus normas de olvi-

La fuerza democrática de la idea socialista. Documentas-Ornitorrinco, Barcelona-Santiago, 1986. pp 19-29.

do. No es un optimismo ciego —es más bien puro realismo— suponer que, una vez más, fracasarán.

Allende, el socialismo, la izquierda, son parte histórica de Chile. Aquel que pretenda suprimirlos como recuerdo, referente, idea, partido, movimiento o fuerza, tendrá que suprimir parte de Chile.

Está lejos aún el momento en que los hechos de esta época puedan ser juzgados por los historiadores con menos apasionamiento y emocionalidad que la nuestra. Sería tarea imposible hacer referencia a Allende aspirando a una objetividad inexistente. Y, sin embargo, se trata de eludir la tentación de la apología.

Allende fue un héroe consciente. Su decisión de morir no constituyó un arranque del instante, una súbita llamada interior de aquellas que impulsan a un hombre a sacrificar su vida en nombre de objetivos superiores. Allende enfrentaba la eventualidad trágica de su destino sin fatalismo, pero con una racional serenidad. Quien escuche hoy la grabación de sus últimos discursos radiales desde La Moneda bombardeada no podrá evitar la sensación de hallarse ante la voz firme de un hombre que habla con coherencia y con sentido de la historia, para quien la muerte próxima, en el

fragor de la lucha no habrá de transcurrir como sorpresa sino como un encuentro que siempre se consideró como posible y, a veces, como muy probable.

Sus enemigos, creyendo así disminuirlo, pretenden atribuir la muerte de Salvador Allende a su propia decisión en vez de a sí mismos. Para la historia será ésta una cuestión banal, aunque se comprende que no lo sea para los verdaderos responsables. Las circunstancias y forma en que fue atacada La Moneda el 11 de septiembre de 1973 no admiten interpretaciones en cuanto a la decisión de los atacantes de aniquilar a aquellos que allí se defendían. Por otra parte, la tenaz voluntad de Allende y sus compañeros de permanecer en su sitio hasta el fin y de no aceptar la rendición, no dejan lugar a dudas sobre su vocación de ofrendar la vida si ello era necesario.

Han transcurrido quince años desde aquella noche del 4 de septiembre de 1970 en que, ante una Alameda pletórica de seres humanos que cantaban y bailaban, Salvador Allende pronunció el discurso de la victoria desde el estrecho balcón del desaparecido edificio de la Federación de Estudiantes ubicado entre las calles Santa Rosa y San Isidro, en pleno corazón de Santiago. Cada vez que se reinicia la ronda inagotable de los recuerdos de aquella época, es vivificante observar cómo todos atesoran los suyos con inmenso cariño y los repiten una y otra vez como para no olvidarlos. Es que cualquiera que haya sido el grado de conocimiento personal que cada uno tuvo de Salvador Allende, su nombre y su figura representan para varias generaciones de chilenos algo excepcionalmente importante y absolutamente propio. Allende se fue convirtiendo en un símbolo y su nombre, repetido incansablemente en infinitas reuniones y en incotables mítines durante decenios, se transformó en una especie de propiedad común a la que todos accedían sin necesidad de invitación especial. Era un personaje en la vida de cada uno. Por eso se le criticaba con normalidad y se le aclamaba con pasión. Fue un "hombre público" no sólo en el sentido de su dedicación a la vida política, sino en cuanto cada uno de sus actos, de sus gestos, de sus movimientos, de sus aciertos y de sus errores, eran sometidos al tamiz severamente crítico de sus seguidores casi tanto como al de sus adversarios.

Allende poseía una capacidad notable de percibir los problemas de lo cotidiano y de incorporarlos siempre a su discurso infatigable. Ajeno como era a esquemas grandilocuentes, mucho más político que ideólogo, ni teorizador ni pragmático sino realizador de grandes ideas, comprendió en profundidad el ser chileno y percibió como nadie las fuentes del dolor y sufrimiento del pueblo, al igual que las de su alegría y liberación. Su lenguaje estuvo siempre marcado por este rasgo fundamental.

La idea del socialismo era en sus manos una idea bien custodiada: consistía en un mundo más justo, donde el ser humano fuera más libre y más pleno, más igual a sus iguales. Ese era, esencialmente, su proyecto.

Las dimensiones de un liderazgo

La capacidad de liderazgo político es por definición multidimensional. Si bien siempre incompleta, por ser humana e imperfecta, la condición de líder implica un conjunto de capacidades que, en una particular mixtura, configuran una superior aptitud de orientación y dirección sobre los demás.

Que Allende poseía esta competencia está fuera de duda. Cuáles fueron los principales elementos que la configuraban —fortalezas y debilidades— es un tema que será, en el futuro, examinado por historiadores, politólogos y psicólogos sociales. Del mismo modo, algunos tópicos precisos tendrán indispensablemente que ser considerados en el análisis del liderazgo allendista: la forma como relacionó medios y fines, la conexión entre el mundo teórico y el quehacer político y el equilibrio específico, en la acción, entre lo ilusorio y lo posible. Las páginas siguientes no aspiran a examinar estos temas que requerirían una investigación prolongada, sino a referirse a aquellas constantes de la actuación de Allende que podrían señalarse más claramente como ejes invariables.

Una de ellas es la dimensión latinoamericana de su pensamiento. Allende fue un latinoamericanista convencido y, por lo tanto, declarado enemigo del imperialismo. Entendió América Latina como una realidad diferenciada, en la que siempre postuló para Chile una especificidad propia. Muchísimos serían los ejemplos concretos en que estos planteamientos surgen con claridad. Entre ellos, la relación de Allende con la Revolución Cubana resulta ejemplar. En el libro-entrevista que publicara Debray cuando Allende ya era Presidente,¹ se relata su primer contacto con la Revolución recién triunfante. Surgiría de una iniciativa personal que lo llevó a La Habana poco tiempo después del triunfo de Fidel Castro y su movimiento revolucionario, iniciando una relación intensa marcada por el apoyo de Allende —que tuvo siempre adecuada reciprocidad— a un proceso que constituía una gesta liberadora de impresionante trascendencia para todo el continente. Señalando siempre las diferencias que estimaba existían entre la realidad cubana y de otros países latinoamericanos y la realidad chilena —la Conferencia en que surgió las OLAS en La Habana fue uno de esos momentos— Allende fue capaz de sintetizar su visión nacional con su espíritu internacionalista amplio. En el curso de los años trazaría una amistad profunda con los principales líderes cubanos. Cuando la guerrilla guevarista fue derrotada en Bolivia y los restos de la falange guerrillera arribaron a Chile, Allende no vaciló un instante en prestarles su apoyo y solidaridad, aún a riesgo de ser violentamente atacado por sus adversarios. Acompañó a los refugiados hasta Tahití, desde donde fueron repatriados a Cuba, para garantizar su seguridad. De regreso a Santiago enfrentó a sus críticos en un memorable programa de televisión en que sorteó con maestría de polemista las acusaciones que se le formularon y resultó fortalecido en su imagen política.

Como Presidente de la República visitó seis países latinoamericanos: Argentina, Perú, Colombia, Ecuador, México y Cuba. Fue objeto de masivas y calurosas recepciones y transmitió un mensaje de liberación y democracia. Su viaje a la Argentina de Cámpora fue el segundo de su mandato. Previamente se había reunido en Salta con el Presidente General Alejandro Agustín Lanusse, quien al poco tiempo devolvió el gesto visitando Antofagasta. El encuentro con Lanusse se produjo en el primer viaje al exterior de Allende como Presidente y tuvo como resultado el rechazo por ambos gobiernos de la tesis sobre "fronteras ideológicas" entre los países del continente. La relación de Chile con Argentina era fundamental para evitar una suerte de cerco geográfico-político que amenazaba potencialmente al proceso chileno. El viaje logró su propósito y permitió establecer mecanismos arbitrales para resolver antiguas con-

troversias limítrofes entre ambos países. Un tiempo después la fina arquitectura cuidadosamente diseñada se vio en grave peligro cuando dirigentes de grupos de la izquierda argentina escaparon de la cárcel de Trellew en el extremo sur de su país y llegaron en avión a Santiago. Allende no tuvo vacilaciones: su respuesta cortés pero firme a la demanda argentina fue que no devolvería a los fugitivos, quienes, en definitiva, partieron a Cuba. Los principios prevalecieron, sin requerir mayores ejercicios reflexivos, sobre las graves consecuencias circunstanciales que la decisión podía significar.

En la nacionalización del cobre, proceso al que Allende atribuyó la máxima importancia —recuérdese la frase: “el cobre es el sueldo de Chile”— intentó no perder nunca de vista la dimensión internacional. La nacionalización tenía un significado patriótico para el país, hasta el punto que su aprobación parlamentaria mediante reforma constitucional fue el único aspecto del programa de la Unidad Popular acogido por unanimidad en el Congreso Pleno. Pero, al mismo tiempo, tenía un contenido antimperialista claro que se expresaba, especialmente, en la decisión presidencial sobre cual era la tasa de beneficio “legítima” que podían haber obtenido las empresas norteamericanas durante su explotación. El mecanismo de las “rentabilidades excesivas”, incorporado a la Constitución, permitía descontar del valor a pagar a los expropiados todo beneficio obtenido, durante un cierto período anterior, por sobre este límite. Allende, luego de prolongados estudios, fijó en un 10% esa tasa de rentabilidad en el decreto que dictó sobre la materia en septiembre de 1972. Uno de los elementos más presentes en su decisión —del que dejan constancia los considerados del decreto— fue la trascendencia internacional del criterio, en cuanto constituía, de uno u otro modo, un precedente para otros procesos de nacionalización que pudieran emprender países del Tercer Mundo en vías de recuperar la plena soberanía sobre sus riquezas básicas.

Un segundo aspecto clave de la acción política de Allende es el contenido de unidad que imprimió siempre a su quehacer. Examinarlo a fondo significaría introducirse en el análisis de cuatro décadas de historia política chilena y, especialmente, de la historia del movimiento popular. La fundación del Partido Socialista en 1933, en la que Allende participó creando el Partido de Valparaíso, fue en sí misma un hecho unitario, de acumulación de fuerzas no idénticas pero con suficiente base común de entendimiento, al agrupar a diversos sectores de inspiración socialista en un sólo partido. En su primera década de vida el Partido Socialista participó en la creación del Block de Izquierdas, alianza con otros partidos de raigambre popular y, muy luego, del Frente Popular, primera ocasión de entendimiento entre socialistas y comunistas que, junto a radicales y democráticos, constituyeron la coalición triunfadora en las elecciones presidenciales de 1938. Allende fue uno de los tres ministros socialistas en el gobierno del Frente Popular, asumiendo la cartera de Salud. La década siguiente fue un difícil período para el socialismo chileno. Allende, Secretario General en 1943, debió encabezar una disputa lacerante con Marmaduke Grove, figura carismática de la primera década, y con un sector disidente proclive a un entendimiento con González Videla. En 1951 se marginó de las filas partidarias junto a un grupo de militantes como protesta por el apoyo acordado por el Partido a la candidatura de Carlos Ibáñez. Realizó su primera campaña presidencial apoyado por el Frente del Pueblo, coalición de socialistas y otros sectores de iz-

quierda con el proscrito Partido Comunista. Contribuyó a impulsar la unidad sindical que culminó en 1953 con la fundación de la Central Única de Trabajadores y la constitución del Frente de Acción Popular (FRAP) en 1956, en el que participaban los dos partidos socialistas, los comunistas y otros partidos de avanzada, y, finalmente, en activar la reunificación socialista lograda en el Congreso de Unidad de 1957. De allí en adelante se constituyó en el principal líder de la clase trabajadora, posición desde la cual aportó decisivamente a la coalición que se denominó Unidad Popular, creada en 1969, y que, además de los partidos socialista y Comunista, incorporó a sectores cristianos de izquierda y el Partido Radical. La Unidad Popular fue la más amplia alianza que la estrategia política impulsada por sus principales integrantes fue capaz de constituir, habida consideración del cuadro general de fuerzas existentes en Chile.

El tema de la unidad —sus bases políticas, más o menos amplias; su alcance, mayor o menor— constituyó uno de los puntos de tensión más serios y permanentes entre Allende y su partido. Su carácter de unidad diferenciada que expresara fuerzas plurales, fue, sin embargo, un tópico en que no hubo apreciables diferencias. Allende entendió siempre la unidad como una aspiración ni puramente táctica, ni objeto de maniobras políticas de corto alcance, sino como un fenómeno social que se traducía en agrupar tras objetivos comunes a clases y capas sociales diversas que se expresaban políticamente en forma distinta. En 1943, cuando fue elegido Secretario General, el Congreso Socialista aplaudió la disolución de la Tercera Internacional como un paso positivo que permitiría un mejor entendimiento entre socialistas y comunistas. El ataque nazi a la Unión Soviética y la consiguiente ruptura del Pacto Molotov-von Ribbentrop que había separado gravemente a ambos partidos, colocaron a todas las fuerzas progresistas en la misma barricada. El gesto de Stalin al declarar disuelta la Comintern constituyó una concesión a sus aliados norteamericanos y un paso destinado a otorgar mayor flexibilidad a los Partidos Comunistas para impulsar sus propias políticas nacionales. Fue a propósito de este episodio que el Partido Comunista chileno formuló una proposición para constituir un solo partido que fundiera a ambas fuerzas, socialistas y comunistas. Los socialistas en su IX Congreso Ordinario, celebrado en Rancagua en enero de 1943, en el que Allende asumió la jefatura máxima, expresaron sobre la disolución de la Comintern que se complacían “en constatar la justeza de la posición del Partido Socialista al sostener que los partidos populares deben actuar conforme a sus propias directivas nacionales y a los intereses de sus respectivos países sin perjuicio de la solidaridad que debe existir entre los pueblos y los trabajadores del mundo”.² A los pocos meses el IV Congreso Extraordinario, celebrado en Valparaíso en junio de 1943, se pronunció formalmente sobre la oferta fusionista, acordando una fórmula cautelosa cuyo primer acápite expresaba: “El Partido Socialista declara que acepta la concepción teórica de unificación de los sectores populares, sobre la base del socialismo científico y con un programa nacional”.³ En diciembre del mismo año Allende se dirigió por escrito al Partido Comunista, entendiendo que era necesario pronunciarse sobre el tema del Partido Único, “con precisión y claridad”.⁴ En un Pleno realizado en enero de 1944 informó in extenso sobre el sentido de la comunicación mencionada, expresando: “Somos partidarios de la unidad, somos partidarios de crear un instrumento nuevo, pero esto a su debido tiempo. La unidad no la entendemos

con el sacrificio del Partido, con la traición al Partido Socialista, con el entreguismo del Partido Socialista; la creación de un Partido nuevo la entendemos como una etapa de superación, ella vendrá cuando tengamos la evidencia de que este instrumento es mejor que el actual que tenemos, ella vendrá cuando la acción conjunta que puedan desarrollar socialistas y comunistas, pruebe que es posible un amplio entendimiento”.⁵ Con el tiempo, este planteo socialista se hizo común a las fuerzas de izquierda.⁶

Las alianzas, más allá de la constituida por socialistas y comunistas, fueron en cambio, puntos de arduo debate en el seno del socialismo chileno y entre los dos partidos mencionados. En páginas posteriores se examinarán algunas circunstancias de esta disputa. Por ahora baste con anotar las tendencias: Allende fue siempre más allá que su Partido en cuanto a la flexibilidad con que definía las bases de la coalición popular para, de esa manera, alcanzar un mayor espacio. La victoria de la tesis de la Unidad Popular en 1969 —que Allende había previsto como un “Frente de la Patria”— permitió elaborar un Programa de bases muy amplias y extender la coalición de izquierda, no obstante que el arco de fuerzas que en definitiva se jugó tras el Programa resultó claramente insuficiente. Allende fue consciente de este hecho durante su mandato presidencial y realizó esfuerzos infructuosos por repararlo.

La figura política de Allende está marcada por su gran identidad socialista y su poderosa voluntad unitaria. Jamás nadie pudo poner en duda lo primero. La historia política de Chile testimonia lo segundo.

Esta doble capacidad le permitió contribuir significativamente a la elaboración de las grandes líneas de un proyecto nacional y a su encarnación en una impresionante fuerza de masas, activas y movilizadas, que durante un cuarto de siglo lo reconocieron como su líder indiscutido.

El Socialista que pertenece a Chile

Ese proyecto fue la “vía chilena al socialismo”. Pocas ideas o hechos surgidos o acaecidos en el Chile lejano y austral, han tenido mayor impacto universal que el proyecto de Allende. Casi con seguridad, ninguno. Es que la relación entre democracia y socialismo es hoy día un tema principal para la humanidad progresista y preocupación diaria de los teóricos y de las fuerzas políticas de todas las latitudes. El socialismo ha tenido una vida azarosa y su encarnación estatal en el Este de Europa, si bien ha permitido realizar avances sociales de dimensión innegable, abrió un capítulo polémico en cuanto a su capacidad emancipadora y a su aptitud para hacer al hombre más libre y más participante en las decisiones que le interesan a él y a su grupo. Las imperfecciones del socialismo realizado han inducido a diversos teóricos socialistas a negarle el carácter de tal, suscitando una polémica intensa y prolongada que aún continúa. Mientras los más “realistas” sostienen que aquél es el único socialismo posible en las condiciones actuales, los más “utópicos” le niegan tal carácter. Y los más encarnizados adversarios atribuyen al socialismo una tendencia estructural, de su esencia, a convertirse en totalitarismo. Allende creyó exactamente lo opuesto y ha sido uno de los líderes

políticos que más aportó con su acción a sostener la indisolubilidad de la idea de democracia con la idea del socialismo.

Allí estaba lo esencial de la experiencia transformadora que encabezó Allende. La victoria —entendiendo por tal la consolidación de la continuidad de un proceso y no el logro de propósitos de contenido finalista— hubiera significado que por primera vez sobre la faz de la tierra, en un mismo acontecimiento social, se materializaran avances paralelos y decisivos en profundizar las libertades del hombre concreto y su ejercicio y en modificar la estructura económica en un sentido socialista. Sus consecuencias eran enormes.

La tentativa allendista, y su derrota en 1973, han dejado una huella imborrable en el pensamiento y la práctica política de las fuerzas progresistas del mundo. El debate teórico continúa aún y no está ni llegará a estar cerrado por un largo período. Importantes corrientes políticas europeas siguieron de cerca el proceso chileno. François Mitterand, hoy Presidente de Francia, viajó a Chile durante el mandato de Allende, a conocer por sí mismo la experiencia en curso. Enrico Berlinguer, el extinto Secretario General del Partido Comunista Italiano, escribió pocas semanas después del 11 de septiembre de 1973 su famoso ensayo “Consideraciones sobre los acontecimientos de Chile”, en el que formuló una estrategia nueva para el partido Comunista italiano —el más importante de occidente— que lo inspiraría durante un decenio y que, más allá de coyunturas tácticas, pareciera seguir siendo el eje central de su visión de largo plazo. Diversas fuerzas políticas de la izquierda latinoamericana resolvieron emprender con más decisión aún que antes de 1973, vías opuestas a la que Allende sostuvo para Chile. En algunos, la experiencia chilena pareció inducir tendencias a la cautela y a la prudencia política. En otros, el fracaso del llamado “pacifismo” de la vía, incitó a una radicalización de las perspectivas. Empero, la mayoría reivindicó lo esencial del mensaje y busca nuevos caminos que puedan hacerlo realidad.

Pero, más allá de las diversidades, Allende es inspiración para todos los que postulan una sociedad más democrática y más justa. Allende es el socialista que se hizo patrimonio común, que pertenece a Chile.

Es esta una categoría que va asociada a una real proyección histórica. En la vida del país ninguna de las figuras políticas que trascienden hasta hoy por su pensamiento o su obra fue unánimemente reconocida en su tiempo. Más bien fueron duramente combatidos por sus adversarios. Los “grandes chilenos” del siglo XIX fueron hombres cuya vida estuvo marcada por la lucha, la polémica, y el dramatismo: O’Higgins y Carrera en la época de la Independencia, Portales en la primera mitad del siglo y Balmaceda en la segunda. La perspectiva que da el tiempo, permite juzgarlos hoy con un cristal diverso y la historia los incorpora como un patrimonio común que asume la nación entera. No hay, ni podría haber una interpretación unánime sobre la dirección de su obra, su intencionalidad y consecuencias. Pero son indiscutiblemente “nacionales”.

Cuando se haga el balance del siglo XX Allende será el socialista que es “nacional”, que pertenece a todos los hombres libres de su tierra.

“Allende es inspiración para todos los que postulan una sociedad más democrática y más justa. Allende es el socialista que se hizo patrimonio común, que pertenece a Chile”.